

huanaco desde los cimientos de las mismas. Su mejor arte, por muy interesantes que sean los vasos de oro repujado o con incrustaciones de turquesas del «tesoro de Illimo», fue sin duda la programación urbanística. Chan-Chan obedecía a un proyecto casi tan riguroso como lo fue más tarde el del Cuzco. Sus construcciones eran de ladrillo, pero poseían amplias plazas, calles y palacios. No tan sólo estaba amurallada la ciudad, sino también todos sus grandes barrios en los que se cree que cada uno de sus clanes o clases sociales vivía separado de los restantes. Las pirámides se hallaban salpicadas rítmicamente por toda la ciudad y servían de basamento a templos o altares. Todo se debía hallar seriamente jerarquizado en aquella sociedad en la que la aportación de la tradición mochica pudo cumplir también un papel importante. Cuando en 1450 los incas ocuparon Chan-Chan, el mítico esplendor del reino del Gran Chimú, recordado en la crónica del misionero Cabello de Balboa, terminó de repente, pero sus logros técnicos pasaron a formar parte del acervo general de la sociedad andina, cuya unificación tras la desaparición de su último rival serio, concluyeron rápidamente los nuevos dominadores.

6.—Unificación incaica de la cultura andina

La más deslumbrante creación de la cultura andina en su momento de unificación incaica no radica en su interpretación religiosa del mundo, ni en su conmovedora poesía metafísica o en su arte más bien sincrético, sino en su originalísima concepción del Estado. Es el ejemplo máximo de un imperio en el que todo se hallaba previsto y en el que, sin dejar un solo cabo suelto, se programaban la producción, el consumo, el utillaje, los niveles de crecimiento y los medios de hacer frente a posibles contingencias imprevisibles. Esos programas drásticos no habían tenido hasta entonces ningún equivalente en ningún otro ámbito cultural. Dentro de un orden estrictamente jerárquico y teocrático, se permitía la participación del pueblo en algunos comicios, en los que tenían derecho a voto los cabezas de familia, en algunos casos, y toda la población, incluidos ambos sexos, en otros menos frecuentes. Estas consultas no eran vinculativas, sino indicativas, pero sus resultados solían ser tenidos en cuenta. Todos los súbditos del imperio estaban obligados a servir a Dios y a los dioses, pero más todavía al inca, quien en su calidad de hijo del Sol, ostentaba todo el poder y lo ejercía con acierto las más de las veces. En el viejo mito el dios Sol había sido creado por Viracocha, dios salvífico de larga barba que en algunas de las versiones había llegado al Perú atravesando el océano y que había de regresar algún día para establecer en el imperio una edad de oro. Los últimos emperadores incas ya no creían en su origen divino, pero el pueblo seguía creyendo en ellos y así se facilitaba la coherencia del imperio. Las tradiciones orales eran fundamentales debido a que los incas no habían creado una escritura, aunque sí conocían un sistema de cuerdas con nudos para contar y hacer algunas operaciones aritméticas. La transmisión oral suele ser confusa, pero en el caso del arte el estudio directo de los objetos y la datación radioactiva de los mismos constituyen un complemento excelente de las noticias recogidas por los misioneros o por algunos aborígenes y mestizos que, tal como acaecía con el inca Garcilaso de la Vega, hablaban y escribían el español con una total perfección.

La organización estatal era minuciosa y el Estado se ocupaba en un régimen casi socialista de atender a la alimentación de todos sus súbditos. La sociedad se hallaba totalmente jerarquizada y constaba de tres clases dirigentes (funcionarios, sacerdotes y nobles) y otras tres menos favorecidas (campesinos, ganaderos y artesanos), pero nunca el orden jerárquico llegó a ser discutido debido a que la justicia social era una realidad efectiva en todo el imperio y a que el Estado no tan sólo alimentaba gratuitamente a todos los necesitados, sino que les proporcionaba por añadidura las tierras, rebaños e instrumentos necesarios para que pudiesen tener una agricultura floreciente, apacentar en grupos familiares grandes rebaños y fabricar los utensilios más idóneos para el buen funcionamiento de la producción y para el disfrute de todas las clases sociales.

Se cree que el mítico Manco Capac fue hacia el año 1200 el primer inca y que su pueblo procedía del norte del lago Titicaca. Se supone asimismo que su sucesor fue Sanchi Roca y que muy a principios del siglo XIII se fundó la ciudad de Cuzco, en la que establecieron los incas su capital. En los primeros decenios del siglo XV se vieron obligados los incas a luchar con dos enemigos muy belicosos para poder conservar sus tierras de cultivo y adquirir otras nuevas que les permitiesen mantener a una población siempre creciente. Eran esos primeros enemigos los collas en la orilla sur del Titicaca y los chanca en el norte. Luego descendieron los incas hasta la costa y se apoderaron del reino de Chimú en 1450. La expansión se hizo irrefrenable a partir de entonces y entre 1463 y 1471 extendieron sus fronteras meridionales hasta el río Maule, al norte de Chile, y a la zona de la actual Tucumán, en el noroeste de la Argentina. Finalmente Tupac-Yupanqui conquistó el Ecuador a finales del siglo XV, pero no llegó a dominarlo nunca de una manera enteramente satisfactoria. En 1493 su hijo Huayna Capac lo heredó en el poder. Las carabelas castellanas habían llegado a Santo Domingo un año antes y Francisco Pizarro iniciaría la conquista del poderoso imperio incaico 39 después.

Un imperio como el incaico, que respetaba la libertad religiosa de todos los súbditos y que les garantizaba el alimento, el habitáculo, que era cedido gratuitamente por el Estado, la vestimenta y los bienes de producción, debía tener pocos problemas internos. Había además un sistema avanzado de seguridad social y se atendía de manera especial a los huérfanos, a las viudas, a los inválidos, a los enfermos, a los soldados en filas y a los altos funcionarios. Ese Estado era por sí mismo una obra de arte, pero lo fueron también su ingeniería, su planificación urbanística y su arquitectura. Las artes restantes eran también dignas de aprecio, pero tal vez no fuesen tan deslumbrantes como las de algunos de los períodos anteriores. Las fortalezas eran un modelo de ingeniería militar. Entre las ciudades, parecen haber sido prodigiosas Machu Pichu y El Cuzco, capital del imperio. De la primera, que era tal vez un gran centro religioso, apenas quedan unos cuantos edificios semiderruidos y el trazado de las calles y las grandes plazas, ejemplo de una grandiosa concepción urbanística. En el Cuzco lo incaico y lo hispano se hallan tan entreverados que el ábside de la iglesia de Santo Domingo se alza sobre las ruinas del Cori-Kancha, templo incaico del sol.

Los incas construían sus edificios a la manera romana y alzaban sus muros con grandes sillares de piedra que se unían por su propio peso sin necesidad de utilizar ninguna argamasa. Dichos sillares eran a veces ligeramente abombados para darle una mayor mo-

vilidad y relieve, a unas fachadas literalmente solemnes. Así acaece con el muro del Acclay-Huasi, pero en el interior del recinto incaico se alza una recia iglesia secentista con cúpula de tambor. A todos estos edificios los supera la fortaleza de Sacsaywaman, que situada en el centro exacto del Cuzco, dominaba con sus altísimos torreones, hoy derribados, toda la ciudad. Los enormes sillares de los muros que protegen la fortaleza, el ritmo ascendente y un tanto imprevisible de las escaleras monumentales, la disposición de los sillares, todo, en suma, nos hace pensar en un muro de cícoples, fruto grandioso de una programación perfecta.

Lo acaecido con Machupichu (Macchu Picchu en la nomenclatura erudita) es muy diferente. Parece seguro que era una ciudad incaica y es probable que haya sido, además, un gran centro religioso, pero no muy poblado. El número de sus casas —contadas por sus cimientos— no pasaba de cien, lo que permite calcular que la población debió rondar tan sólo el millar de habitantes. El paisaje de la zona de la cordillera de Vilcabamba en la que al noroeste de Cuzco se hallaba emplazada, es literalmente espectacular. La cordillera la ciñe por un lado y por los otros tres el río Urubamba, en cuyo valle había sido erigida. Se ha supuesto que ha sido allí en donde, huyendo de los españoles, se habían refugiado algunos de los últimos dignatarios y guerreros incaicos, pero se carece de pruebas que confirmen esa suposición. Lo que sí está comprobado es que Machupichu, al igual que había sucedido en Mesoamérica con las grandes ciudades de la primera cultura maya, fue devorada por la selva en fecha incierta. Los españoles, durante los tres siglos que gobernaron el virreinato del Perú, no habían oído jamás hablar de la desaparecida ciudad. Tras la independencia, los primeros gobiernos de la República del Perú tampoco llegaron a enterarse de su existencia, pero en 1911 el arqueólogo Hiram Bingham decidió excavar esa zona y surgieron a la luz los cimientos y algunos pavimentos y muros de sus templos, fortalezas y hogares. La ciudad, escalonada sobre la cordillera, ofrece toda suerte de perspectivas. Los muros son de una exactitud matemática, que alcanza su punto culminante en «El Torreón», considerado como su más importante edificio y ubicado en el centro exacto de la ciudadela. La sucesión de los edificios nos hace pensar en una escalera gigante que sube la cordillera con escalones más altos que los seres humanos. Había edificios como el llamado «Casa de la Ñusta» que tenían dos pisos y canalizaciones para la subida del agua. En otras zonas la piedra gris y la rosada, sabiamente labradas y combinadas, ponían una suave nota de color en la casi totalidad del ámbito urbano. La muralla exterior tenía un gran grosor, pero dado el escaso número de sus habitantes parece poco probable que Machu Pichu haya sido un bastión defensivo de capital importancia. Lo más verosímil es que hubiese allí, al igual que había habido en Teotihuacán en Mesoamérica y en Tiahuanaco en el ámbito andino, uno de esos refugios divinos en los que nacían y morían unos dioses cuya muerte o ausencia provocaban simultáneamente la muerte transitoria o perpetua del santuario.

Cerca de los límites septentrionales del imperio, en territorios del actual Ecuador, cabe destacar los templos y otros monumentos excavados en Ingaparica, poblado en el que se hallaban radicados los indios cañaris, que vivieron en una fructífera convivencia con los incas y crearon, en una simbiosis fecunda algunas importantes obras arquitectónicas de planta circular unas veces e irregular otras. Entre sus construcciones más hermosas fi-

guran el «Aposento de las urnas trapezoidales», algunos silos circulares y el «Templo del sol», de planta también circular y con un tratamiento de los sillares algo más evolucionado en su labra y acoplamiento que el de los restantes monumentos incaico-cañaris de Ingaparica.

En lo que a las restantes artes respecta se cree que antes de realizar sus primeras esculturas en piedra prefirieron los incas la talla en madera. Su dominio de la piedra era grande y con preferencia por los formatos pequeños o medianos. Abundaban las imágenes bicéfalas, las búsquedas de lo esencial en los rasgos de cada rostro y los keros antropomorfos de plata. La esquematización de las formas tenía una alta eficacia expresiva, que se compaginaba bien con un hieratismo que debía tener mucho de ritual. Lo mismo cabe decir de algunas figuras no muy grandes de oro o de plata.

En lo que a los vasos respecta, los de plata repujada para usos ceremoniales competían en esbeltez con los kenkeros o keros de airoas formas en madera ricamente policromada. Las imágenes se organizaban en los keros de madera en anchas bandas circulares. Las figuras eran geométricas o en una esquematización sabia aludían a los mitos o a las creencias religiosas, pero solía haber también alguna banda con imágenes alusivas a la fauna circundante. En la actualidad se tiende a creer que los incas no llegaron a conocer la pintura mural, pero la de los keros es de una enorme perfección y una limpieza reconfortantes. Algo similar acaece con los hermosos tejidos en lana de vicuña, notables por su serialismo sabiamente organizado y por una luminosidad y una matización que pueden competir con las de algunos de los mejores momentos de la escuela de Nazca.

La cultura andina alcanzó en los seis grandes momentos de su ciclo evolutivo una altura organizativa y una calidad artística tan grande como las de las grandes culturas mesoamericanas que hemos recordado en un artículo antecedente en estos mismos *Cuadernos Hispanoamericanos*. A decir verdad no fueron tan sólo los españoles quienes las derribaron, sino también una disolución interna que se había iniciado en ambas zonas un siglo antes. Los descontentos eran menos en el imperio inca que en el azteca, pero había los suficientes, no obstante, para poner en peligro la coherencia del Estado teocrático. La rápida conversión al catolicismo nos prueba hasta que punto los antiguos dioses se hallaban ya muertos para una gran parte del pueblo y sabido es que toda cultura muere cuando mueren sus dioses. Luego nace de las cenizas una cultura nueva o se produce una integración en una cultura preexistente. En el mundo andino y el mesoamericano perduran ambas herencias y el mestizaje étnico y el cultural están creando una síntesis integradora que parece hallarse destinada a dar sus mejores frutos a medida que vayan adquiriendo una más clara conciencia de sus orígenes, de su identidad doble y de sus inmensas posibilidades futuras todas las naciones iberohablantes de ambas Américas.

Carlos Areán

«...No estoy preparada para ningún acontecimiento en absoluto. ¿Debería haber matado esto que me está matando?»



Sylvia Plath en 1955